

XI.

Paquita tiene muchas visitas, van á felicitar á la madre por el día del santo del hijo: Eva, Consuelo, Julia, Chole y Luisa hallanse entre las señoritas, y Ricardo, Angelito y César entre los caballeros. Gustavo no se dá un momento de reposo haciendo los honores de la casa; ya dice á ésta una galantería, ya palmea salamero el hombro de aquel joven, ya cuenta un chiste cuya gracia é interés aumentan la fluida conversación del joven esposo, y sus expresivos ademanes. Beberito, vestido de marinero, traje que le regaló su tía Tula, diviértese en un ángulo de la sala, formando soldaditos de plomo y ponderando á gritos el valor de aquel general, que jinete en su alazán, empuña la espada y vuelve la cara hacia atrás, como llamando á sus soldados al combate; y Mimi pregoná su vocación de madre allá en la recámara; ha acostado su ronra y mece suavemente la cuna, mientras canta con ladina voz:

“Señora Santa Ana,
carita de luna,
duérmeme esta niña
que tengo en la cuna.”

La conversación entre los jóvenes es animada, sólo Eva, Ricardo y Angelito hablan poco y piensan mucho.

—Hijo, clama Paquita dirigiéndose á su esposo, ¿no te parece conveniente que los que honran hoy nuestra casa pasen gozosos el rato jugando juegos de estrado?

—¡Que si me parece! Apruebo con toda mi alma, digo, si los señores gustan, y aun tomaré parte en los juegos.

—Tú dirigirás, hijo, tú que eres tan listo para todas estas cosas, repuso la señora de Vivanco, simulando con melosa sonrisa el constante cuidado que ponía en que su caro esposo no se acercase demasiado al bello sexo.

La iniciativa de Paquita fué recibida con júbilo por los circunstantes, que á instancia de Gustavo formaron círculo, en cuya circunferencia, erguido y salamero, se colocó el joven esposo, á despecho de las inquietas miradas de su simpática consorte.

Entre Consuelo y Eva sentóse César imponente y majestuoso, atuzándose aquel negro bigotón que terminaba en retorcidas puntas; seguía después de Eva, Angelito, circunspecto y ruborizado mirando medroso y de soslayo á la ideal niña que heredó el nombre y los encantos

de nuestra madre común; después Julia, cuyos chispeantes ojazos desafiaban atrevidos la osadía de los donceles; luego Gustavo, gorgiante pájaro de cuyo pico brotaban sin cesar melódicas y dulces las más corteses frases; en seguida Paquita, que haciendo una mucca infantil, al punto que vió á su esposo prevenido para divertirse, sentóse junto á él, y exclamó entre mohina y risueña:

—Hijito, nos acordaremos de nuestros tiempos.

Después de Paquita estaba Ricardo, serio y melancólico, su frente grande, limpia y abultada y la singular viveza de sus ojos, revelaban clarísima inteligencia; de vez en cuando veía á Angelito, y una sonrisa, que tanto podía ser de burla como de compasión, entreabría aquellos labios de suave rojo. Seguía la parlera y bulliciosa Chole, y por último, Luisa la hermana de Ricardo, muy estimada por su buen corazón y fraternal cariño, semifilósofa y semisatírica, cuyas frases breves y enérgicas, eran saetas de grande alcance.

—Sólo yo no tengo varón ni á la derecha ni á la izquierda, exclamó Luisa después de echar una ojeada al círculo y de mirar á Chole y á Consuelo que quedaban á uno y otro lado de ella; ustedes se los

han llevado todos. ¡Cómo ha de ser! A quien Dios se lo dió, San Pedro se lo bendiga, y todos en paz y contentos.

—Comenzaremos por jugar al alcatraz. ¿Les parece á ustedes? dijo Gustavo irguiéndose y clavando los ojos en la devorante llama de los de Julia.

—¡Al alcatraz, al alcatraz! clamaron todos.

El joven Vivanco en un momento formó, con un pedazo de papel, un alcatraz, que ni Angelito lo hubiera hecho mejor, no obstante de ser peritísimo en la materia. Luego, volviéndose con donaire hacia Julia le dijo:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz adentro?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una palomita linda y cándida como usted.

—¿Refrán?

—Amor con amor se paga.

—¿Verso?

“Es amor en la ausencia
como la sombra,
que mientras más se aleja
más cuerpo toma.”

—¡Bien, muy bien! clamaron varias voces.

—Me compra usted este alcatraz? dijo Julia á Angelito, tomando el cónico papel que le pasaba Gustavo.

—¿Qué trae su alcatraz? contestó el joven comerciante, con trémula voz, después de lanzar un semirronquido simulando carraspera y al que apelaba siempre para disimular la cortedad.

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una ganga.

—¿Refrán?

—Del agua mansa libreme Dios, que de la recia yo me libraré.

—¿Verso?

—“Si me quieren, sé querer
si me olvidan, sé olvidar.
Yo no sé qué genio tengo
¡Bien haya mi natural!”

Angelito coge temblando el alcatraz que le pasa Julia, y mirando á Eva con ternura, le dice con la voz apagada por la emoción.

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

Angelito pensativo guarda silencio unos momentos y luego, levantando la voz, grita:

—Un pato.

Algunos de los circunstantes se sonríen y miranse con maliciosa mirada.

—¿Refrán?

—¡Válgame Dios! si no me acuerdo.

—Refrán, pronto.

—No por mucho madrugar amanece más temprano, clama Angelito sudando á chorros.

—¿Verso?

Angelito, después de tragar saliva dice pausadamente:

“Un loquito del hospicio
me dijo en una ocasión:
ni son todos los que están,
ni están todos los que son.”

—¡Bien, muy bien, Angelito, clama Julia, bañando la faz del joven con la luz de aquellos ojos de vivísimo negro. Angelito se ruboriza y mira á Julia, y no podría descifrase si aquella mirada era de gratitud ó pedía misericordia.

Tocóle su turno á Eva y pregunta á César:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una águila.

—¿Refrán?

—El que persevera alcanza, responde Eva mirando al joven y á Consuelo.

—¿Verso?

—“Si no me quieres, me mato,
dicen unos ojos negros,
y dicen unos azules:
si no me quieres me muero.”

Consuelo involuntariamente se fija en Ricardo y se estremece al encontrarse con la mirada del joven: aquel verso le había impresionado hondamente.

—¿Me compra usted este alcatraz, dice César á Consuelo, atuzándose el bigote con la diestra y clavando sus audaces ojos en el dulce semblante de la rubia.

—¿Qué trae su alcatraz? responde Consuelo.

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—El ave del Paraíso.

—¿Refrán?

—Primero mártir que confesor.

—¿Verso?

César deja de atuzarse el bigote, é irguiendo arrogante la cabeza, recita con fuego una redondilla, que, ó llevaba ya preparada, ó inspirado por el amor, improvisa en aquel momento.

Un semblante casto y dulce,
y unos ojitos de cielo
son para mí en este mundo
la esperanza y el Consuelo.

Resuena en el salón un aplauso que destroza el corazón de la huérfana, pues fué iniciado por Ricardo; César sonríe con la fruición del amor propio satisfecho.

Consuelo sin siquiera mirar á César, toma el alcatraz que le ofrece y vuelve hacia Luisa la amable faz y con simulada tranquilidad le pregunta:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Una torcaz.

—¿Refrán?

—No hay peor sordo que el que no quiere oír.

—¿Verso?

Dicen que la poesía
es amor, inmenso amor;
pero es más grande y más hondo
el poema del dolor.

Pronunció Consuelo esta cuarteta con emoción, que no pasó desapercibida para Luisa, quien clavó en el semblante de

su amiga una mirada investigadora; quedóse por algunos instantes pensativa y luego dice á Chole.

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Un zenzontle.

—¿Refrán?

—Hombres y mujeres juntos, ni difuntos.

—¿Verso?

Agustín quiere á Leonor,
Leonor adora á Fidel.
¡Lástima de tanto amor
en este mundo cruel!

Toca su turno á Chole, y mirando tíer-namente á Ricardo, dícele:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—El ave Fénix.

—¿Refrán?

—El que dice la verdad no peca, pero incomoda.

—¿Verso?

No hay colegial que no engañe
ni mujer que no critique,

ni doncella bien madura
que los años no se quite

Toma Ricardo el alcatraz y pregunta á Paquita:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Un jilguero.

—¿Refrán?

—Haceos miel y comeros han las moscas.

Y Ricardo ve maliciosamente á Angeli-to, que da una tosida y mira al techo de la sala.

—¿Verso?

De que otros te miren no hagas
indiscreta necio alarde,
porque como yo te miro
ninguno puede mirarte.

La señora de Vivanco, con el garbo que le era peculiar, guiña un ojo á su esposo, y dícele:

—¿Me compra usted este alcatraz?

—¿Qué trae su alcatraz?

—Ave, refrán y verso.

—¿Ave?

—Un pavo real.

—¿Refrán?

—Dios castiga sin palo ni cuarta
—¿Venzo?

Nunca entres en compañía
si no quieres litigar;
sociedad en este mundo
con tu mujer y nomás

Paquita, mientras los circunstantes aplauden, mueve con donaire la cabeza. Sigue por largo rato el alcastraz corriendo de mano en mano. Todos están joviales, hasta Eva y Consuelo, cuyo espíritu levanta el amor propio favorecido por la común alegría.

Fué á Angelito el primero á quien se agotó el caudal literario, y repitió un verso que había sido ya recitado, y no hubo remedio, tuvo que entregar su prenda. Con motivo de haber nombrado Chole durante el juego, entre las aves la cotorra, el perico y el guacamayo, hubo discusión zoológica, en la que Gustavo, si no lució su erudición, á lo menos dió una prueba más de su inagotable verbosidad. Luisa resolvió la cuestión con ejemplos de las personas presentes, citados con tanta gracia, que á nadie ofendieron.

—Gustavo, exclamó, es perico por su exuberante locuacidad; César guacamayo, por su vistosa figura, y yo, la única

hija de mi madre, cotorra, porque pasé de los veintidós sin llegar á los veintitrés. A las palabras de Luisa hicieron coro las risas de los circunstantes. Gustavo habíase acercado mucho á Julia y Paquita á Gustavo; éste hablaba de la femenina belleza, y al explicarla, describía una por una las facciones de Julia; ésta, lista y vivaracha, devolvía el golpe describiendo las de Paquita.

—Es verdad, es verdad, clamaba Gustavo mirando á su esposa, y sonriéndole con una sonrisa que parecía decirle: hablo por hablar; pero donde estás tú, allí está todo para mí.

Paquita ¿qué había de hacer? disculpaba á su caro consorte; era un aturdido á quien había que cuidar mucho.

Bebesito y Mimí, cansados de jugar, entraron á la sala con Doña Tula y acercáronse á la reunión para presenciar las sentencias. Mimí arrullaba á su rorra, en cuya cara aparecía una mancha café, pues habíase empeñado en que tomara chocolate, y Bebesito lamentaba la muerte de su valiente general, al que decapitó á querer enderezarle la cabeza torcida á consecuencia de una caída desde arriba de la mesa.

—¿Me compras otro general papasito? dijo á Gustavo.

—¿Y á mí otra rorra? clamó Mimí.

—Quietos, niños, murmuró con solemnidad Doña Tula. Ea, á sentarse y á tener juicio delante de la gente.

Gustavo reunió las prendas en su sombrero y lo cubrió con su pañuelo.

—Ven aca, Mimí, dijo á su hija, mete la mano en mi sombrero y saca una prenda; la dueña de ella pedirá un abrazo rogado.

—El anillo de mi prima Eva, dijo Mimí, levantando en alto el brazo con la prenda en la mano.

—¡Ay Dios! exclamó Eva; no, yo no pido abrazo, cámbienme la sentencia.

—A pedir el abrazo, clamó Julia.

—Sí, ¡Eva, repuso Gustavo, las sentencias son irrevocables.

Eva miró sucesivamente á César y á Angelito, que estaban á uno y otro lado de ella; aquél se atuzaba solamente el lado izquierdo del bigote y movía el pie de la cruzada pierna, como si estuviera llevando el compás de un "allegro;" éste se acariciaba con el pulgar y el índice de la diestra, la punta de la barba, y con los ojos bajos veía la alfombra sin mirarla.

—¿Me da usted un abrazo? le dijo Eva de repente.

Alzó Angelito trémulo los ojos, abrió los brazos y dijo emocionado:

—Sí, Eva, con mucho gusto.

—No, no, clamaron muchas voces á la vez, si ha de ser rogado; y Julia, abalanzándose hacia Angelito, y poniendo las manos en los hombros del joven, le obligó á sentarse.

—Pues ¿qué digo? murmura Angelito desconcertado.

—Que no da el abrazo hasta que le rueguen mucho.

—Por Julia, dijo Eva.

Angelito miró á Julia, que había vuelto á sentarse, y ésta, levantando el índice á la altura de la boca y riéndose con coquetería, le hizo una señal negativa.

—No, contestó Angelito.

—Abajo Julia, gritaron varias voces.

—¡Válgame Dios! pues á quién querrá usted mucho, dijo Eva con dulzura, dirigiendo una tierna mirada al joven con la maligna intención de que rabiara Ricardo.

A la luz de aquella mirada, Angelito cegó por unos momentos y su corazón palpitaba con violencia.

—Pídeselo por mi tía Tula, gritó Mimí.

—Pues por mi mamá, dijo Eva.

—Sí, con toda mi alma, por su mamá, clamó Angelito abrazando á la joven antes que se lo impidieran, y no obstante su

turbación, pudo apenas murmurar al oído de Eva: Y por usted.

—Arriba Doña Tula, gritó Julia.

—Arriba su suegra, clamó Bebé, avergonzando á Angelito hasta un grado tal, que poco le faltó para caer de bruces al suelo, y provocando la hilaridad de los concurrentes.

—Malcriado, dijo Paquita á Bebé, que comprendiendo que había caído en gracia, repetía á gritos:

—¡Arriba su suegra, arriba su suegra!

Sólo Ricardo guardaba silencio, arrugaba el ceño y movíase de uno á otro lado de su asiento, como si en él encontrase espinas.

—¿Me das un abrazo? dijo Eva á Julia.

—No.

—Por tu novio.

—No tengo.

—Por Gustavo.

—No.

—Por Paquita.

—Uno y mil, dijo Julia estrechando con fuerza á Eva entre sus brazos, mientras Paquita le decía:

—Gracias.

—Viva mi mamá, gritó Bebesito, tirando á lo alto la gorra de marinero, que cayó ladeada en la cabeza de Angelito.

Ricardo fué el único que lanzó estrepitosa carcajada, pues los demás supieron contenerse. Eva, para vengarse de aquella falta de Ricardo, quitó suavemente la gorra á Angelito.

—Aturdido, gritó Paquita á su hijo, váyase para el corredor.

Siguió Eva pidiendo y recibiendo abrazos con gran contentamiento de los concurrentes, y al llegar frente á Ricardo vaciló un momento, y fingiéndose distraída, se sentó en el lugar que le correspondía.

—Te falta Ricardo, exclamó Julia, ¿le tienes miedo?

—Ah, sí, repuso Eva, levantándose, se me había olvidado. Dispense usted, Ricardo.

El joven ingeniero la veía de hito en hito, con una mirada de profundo cariño y de tristeza á la vez. Eva, al contemplar aquellos ojos que tantas veces habían hecho latir su corazón, sintió deseos de llorar.

—Ricardo, dijo conmovida, ¿Me da usted un abrazo?

—¿Por quién? le preguntó el joven.

—Por Luisa.

—Quiero mucho á mi hermana, pero...

—Por quien quiera usted más en el mundo.

—Con mucho gusto, por ella.

—¿Por su hermana?

—Por la mujer á quien más quiero... Dijo, abrió los brazos y tocó ligeramente con las manos los hombros de Eva.

—¿Arriba quién, arriba quién? preguntaron todos.

—Arriba Luisa, contestó Eva trémula aún y turbada.

—¿Arriba yo? dijo Luisa, ¡um! gracias, hermano, agregó con irónica entonación.

Ricardo sintió aliviada su alma; era que el sol del amor brillaba de nuevo para él.

Consuelo veía todo, y lo que no veía, lo adivinaba con admirable precisión, así es que, cuando el corazón de Eva se dilataba con la alegría, el de Consuelo era herido de un dolor tanto más hondo, cuanto más oculto, dolor cuidadosamente velado por eterna melancólica sonrisa.

XIII

Amanecía para Don Manuel de Avendaño, un día de inefable regocijo, de infinita ventura. Había pasado el anterior con Fr. Agustín, refiriéndole circunstanciadamente una vida de iniquidades; volvió de la Villa de Guadalupe en la últi-

ma corrida de los tranvías, cenó, fué á la cama y durmió como no recordaba haber dormido nunca; un sólo no interrumpido sueño en toda la noche. Cuando al abrir los ojos recordó los acontecimientos de la víspera, á Fr. Agustín, que en nombre de Dios le había perdonado todas sus culpas, una gota de néctar celestial cayó sobre su corazón, que se estremeció de placer. La luz tenía entonces para Don Manuel, esplendores que jamás le había visto, el alma, íntimas y hasta hoy gozadas satisfacciones, y la naturaleza toda, alegría y amor.

Felipa, la antigua criada del rico excalaverón, que nunca jamás, había oído cantar al señor de Avendaño, oyó con asombro que cantaba en su alcoba á toda voz y con inmenso júbilo. Aun llegó á temer que se hubiese vuelto loco, y atrevióse á asomar la rugosa faz por la ventana. Y no se lo contó nadie de modo que dudar pudiera, ella oyó claramente que su amo, elevando los ojos al cielo y apretando con fuerza las manos con los dedos entrelazados decía con honda ternura: ¡Gracias, Dios mío, gracias!

—Será cosa de mi imaginación, pensaba Felipa, D. Manuel tiene otra cara: aquella mirada de constante enojo, penetrante y amenazadora, es ahora dulce y regocija-

da. Pero el asombro de la anciana llegó á su colmo, cuando el amo, ya en el comedor y después de pedirle con voz suave y aun zalamera, el desayuno, le dijo:

— ¡Qué feliz soy, Felipa, qué feliz soy!

¿Dónde había ido su amo á encontrar una dicha de la que toda la vida había estado muy lejos?

D. Manuel sentíase rejuvenecido; admiró por la primera vez las obras de arte que adornaban su despacho; miró con inefable amor el retrato de su madre, y mientras extasiado lo contemplaba y sentía en toda su intensidad el cariño filial, dos perlas del alma brotaban de sus ojos y caían sobre aquella carta escrita por él hacía poco tiempo y que aún estaba abierta sobre su escritorio. Al mirarla Don Manuel vinieron á su mente de un sólo golpe los amargos recuerdos de aquel día de desesperación, y por un momento oscureció su rostro. Tomó nervioso la carta, hizo pedazos y volvió el semblante hacia el retrato de su madre, que parecía sonreírle. No pronunció ni una palabra, pero entre la madre, viva por el amor en aquella imagen y el hijo resucitado, hubo misteriosa comunicación, inefable corriente de afectos, íntimo abrazo de almas. Aquel diálogo mudo, tierno y hondo, muy hondo, terminó con un profundo

suspiro de Don Manuel y con una despedida rebotante de consuelo y esperanza; podía traducirse en esta frase: hasta el cielo.

Abrió el señor de Avendaño la ventana, como si buscara aire y contempló el mismo panorama que poco tiempo hacía creyó ver por la última vez: la árida colina de la Bufa desnuda ya de su escaso follaje, como conteniendo á la ciudad que trepa audaz sobre su falda; en la cumbre el templo de la Virgen del Patrocinio; en el crestón grande, la cruz, y en el chico, el observatorio meteorológico. En ese momento sonaron con alegre repique las campanas de la torrecilla de la iglesia, llamando á misa. Aquellas vibrantes voces impresionaron como nunca á Don Manuel. ¿Qué tienen los sagrados bronces que hablan hoy á mi alma con un acento al par tierno y solemne? pensó el señor de Avendaño. Escucharé esa voz, se dijo, y poniéndose el sombrero salió de su casa con dirección á la Bufa.

Unos cuantos fieles estaban en el templo, y al entrar el señor de Avendaño, todos clavaron en él la vista con asombro. Don Manuel nada observó, iba embebido en sus pensamientos. A la hora solemne de la consagración, mientras el sacerdote levantaba en alto la immaculada Hostia, el

Sr. de Avendaño, lloró mucho, pero era su llanto de inefable suavidad, llanto que destilaba por los ojos la escoria del corazón. Sintióse más y más vigorizado, y concluido que hubo el santo sacrificio, dirigióse á la casa del señor del Río para visitar á la huérfana.

Estaba Consuelo intensamente pálida, pero siempre hermosa; recibió á su protector con benévola sonrisa impregnada de tristeza; quería al señor de Avendaño con gratitud, con respetuoso cariño, pero desde que murió la madre de la hermosa rubia, no había podido depositar en nadie su confianza. Eva quizá la hubiera ganado por completo, pero desde que Consuelo amaba á Ricardo, se hizo reservada con aquélla. Tal reserva ¿era dignidad, celo ó desconfianza? Lo ignoraba la dulce niña; mas su instinto le decía: calla, calla, sólo tu madre podría comprenderte. ¡Ah! pensaba entonces, una madre no encuentra jamás quién la substituya en el mundo, no hay más de una sola madre, como no hay más de un sólo Dios.

El Sr. de Avendaño estuvo muy comunicativo con la huérfana, instóle para que le expusiera sus deseos, decidido á satisfacerlos todos.

—Eres, le decía, el primer eslabón de la áurea cadena de mi felicidad. Sin el pro-

videncial encuentro que contigo tuve ¿qué sería hoy de mí? Las sombras de la eterna muerte me rodearían por todas partes y el peso de la continua desesperación aplastaría sin cesar mi alma.

Don Manuel pensó en los momentos de indecible angustia, de mortal hastío que le sugirieron la espantosa idea del suicidio y su semblante se contrajo por el dolor.

—¡Ah! exclamó, yo he probado las penas del infierno en los terribles instantes que precedieron á tu encuentro.

Aquel siniestro relámpago del pasado extinguióse luego y brilló otra vez la espléndida luz de la alegría.

Consuelo manifestaba su gratitud al señor de Avendaño con las más afectuosas expresiones, pero no se atrevía á pedirle lo único que deseaba, salir de la casa del señor del Río, porque nunca, jamás comunicaría á nadie la causa de aquel anhelo; pero ver á Ricardo todos los días buscar enamorado á Eva, era para la pobre huérfana un martirio que juzgaba superior á sus fuerzas. Tenía ratos de sentir ira y rencor contra Eva, y no obstante, la apacibilidad del carácter de Consuelo, de vez en cuando las pasiones erguíanse pujantes y avasalladoras: entonces lloraba creyéndose mala, muy mala, y le asaltaba

tenaz el pensamiento de huir de aquella casa á donde nadie supiese jamás de ella.

Don Manuel despidióse de Consuelo, y la niña se quedó sola con sus pensamientos y con su dolor. Yo, se decía, nací sólo para sufrir: al lado de mi madre arrastré una existencia de constante trabajo y de miseria sin término; hoy casi vivo en la holganza y nada falta á las necesidades de mi cuerpo, pero mi alma se muere de hambre, de voraz hambre de amor. ¡Madre, madre, exclamó sollozando, llévame contigo!

XIII

Al salir Don Manuel de la casa del señor del Río vió á Eva en el balcón y la saludó cortesmente; parecióle que en el semblante de la joven se pintaban la inquietud y la aflicción. Sintió pasos desiguales y apresurados, volvió el rostro y divisó á Ricardo que iba tras él. Comprendió Don Manuel que el joven quería hablarle y se detuvo. En efecto, Ricardo se acercó á Don Manuel, saludóle y díjole con ronca voz.

—Señor Don Manuel, en busca de us-

ted iba; tengo urgentísimo negocio de que hablar á usted.

—Me tiene usted á sus órdenes, voy para mi casa, es decir, para la casa de usted, respondió Don Manuel.

—Pues vamos, repuso Ricardo.

En ese momento notó el señor de Avendaño que Ricardo hallábase en el primer período de la embriaguez, pero no quiso retirar sus palabras. Sea lo que fuere, pensó, mejor es saberlo luego. Aquel carácter, prodigiosamente activo, por tantos años empleado en el mal, había cambiado de rumbo, pero no de modo de ser. Oyó Don Manuel con atención la entusiasta locuacidad del joven ingeniero; las palabras brotaban de sus labios henchidas de fuego; le hablaba de sublime amor, de inacabable felicidad, de Eva, del Sr. del Río, y hasta de Angelito. D. Manuel pudo fácilmente deducir de aquella explosión de enamorado semibriago, los deseos del joven, oyóle con calma y al llegar á la puerta de la casa, díjole cortésmente:

—Pase usted.

Ya en el despacho, la explosión de Ricardo se desencadenó con mayor ímpetu, y el joven acabó por suplicar al señor de Avendaño, que inmediatamente le pidiera al señor del Río la mano de Eva, pues te-

mía que la obligasen á casarse por fuerza con Angelito.

—Ya he prevenido de todo á Eva, añadió.

Entonces comprendió Don Manuel la angustia de Eva; sin duda habia notado que Ricardo se hallaba exaltado por el alcohol y temió que aquél cometiese los mayores desaciertos.

El señor de Avendaño miró compasivo al joven Ricardo; cuántas y cuán graves faltas habia él cometido, é hizose el propósito de salvar á Ricardo del abismo de los vicios hacia el cual corría á todo correr.

—Ayudaré á usted en todo lo que pueda, le dijo, pero antes de dar el paso que usted quiere, necesito tener con usted una conferencia que hoy no puede verificarse.

—¿Por qué, señor?

—Porque no es conveniente.

—Pero si entretanto Angelito.....

—Es injustificada la ansiedad de usted, y más aún su temor. Nos veremos mañana.

Ricardo, con la terquedad de los bribos insistió impertinente en sus pretensiones; Don Manuel sintió que su fogoso carácter se enardecía, pero, cosa verdaderamente maravillosa para un hombre acostumbrado á hacer triunfar siem-

pre su voluntad, supo dominarse, y él mismo, admirado, pensó: soy otro hombre.

A duras penas resignóse Ricardo á diferir la entrevista hasta el día siguiente, y después de despedirse repetidas veces del señor de Avendaño, dirigióse de nuevo á la casa de Eva con la resolución de apostarse todo el día frente á los balcones hasta recibir contestación de la carta que habia enviado á su amada.

De paso tomó en la cantina "La Lonja," un ajeno cargadito y continuó su marcha.

En vano esperó Ricardo largo rato la contestación, los balcones permanecieron cerrados y no tuvo el menor indicio que alentase su esperanza.

Si el amante joven hubiese penetrado á la sala, hubiera visto á su amada llorosa y afligida, desahogándose en los brazos de Consuelo, que unía sus lágrimas á las de aquella.

—Todas mis ilusiones se desvanecieron para siempre, decía Eva á Consuelo. ¿Viste el estado en que andaba Ricardo? Joven, de buen talento, de carrera profesional, tiene abiertas de par en par las puertas del porvenir, y todo puede perderlo por su conducta. Mentira parece que el vicio tenga tal poder sobre los hombres! y más sobre los buenos, porque estoy se-

gura que Ricardo es bueno ¿Verdad Consuelo?

—Sí, es muy bueno, sí, yo también estoy enteramente segura de que es muy bueno.

—Pero, ¿por qué se embriaga?

—Quizá las malas compañías; mi madre me decía muchas veces: una buena amiga puede llevarte al cielo; una mala, con seguridad te llevará al infierno.

—Pero yo no quiero que Ricardo se vaya al infierno.

—Ni yo tampoco.

—Pues pidámosle á Dios por él.

¡Inocentes niñas! el amor ponía una venda en su alma. Esta amorosa compasión ¿es clemencia divina ó castigo del amor ciego? ¡Inefable misterio, á cuyo fondo no se puede penetrar!

Eva leía una y otra vez la carta de Ricardo.

“Eva mía:

Daría cuanto pudiese por olvidarte, porque el olvido sería paz para mi corazón y para el tuyo; pero daría hasta lo que no pudiese por quererte siempre, porque ese cariño es la vida, la alegría y la gloria de mi alma.

He leído en tus ojos el perdón de puni-

bles locuras, pero no de graves faltas, locuras que odio porque me atrajeron tu enojo y todavía me espanta la posibilidad de perderte para siempre.

Para mi tranquilidad y la tuya, he tomado la resolución de pedir tu mano y hoy mismo veré al señor de Avendaño para que á mi nombre hable á tu papá. Contéstame luego. Siempre tuyo.

RICARDO.”

“Punibles locuras, pero no graves faltas;” estas frases eran las que más se grababan en la mente y en el corazón de la amante joven.

—¿Lo ves? Consuelo, Ricardo es un loco, pero no es un malvado.

—Te digo que no es malo, repetía la rubia con una dulzura que brotaba de lo íntimo del alma.

¡Traidor billete aquel, que llamaba sólo locuras á los vicios y leves faltas á las infidelidades! Y sin embargo, en las frases de Ricardo no había estudio; decía lo que sentía. ¿Era esto perversión del criterio moral, ó aterradora ceguera de la voluntad enferma de muerte? ¡Quién sabe! Lo único que puede afirmarse, es que el amor de Ricardo era sincero.

Eva tomó la resolución de no contestar